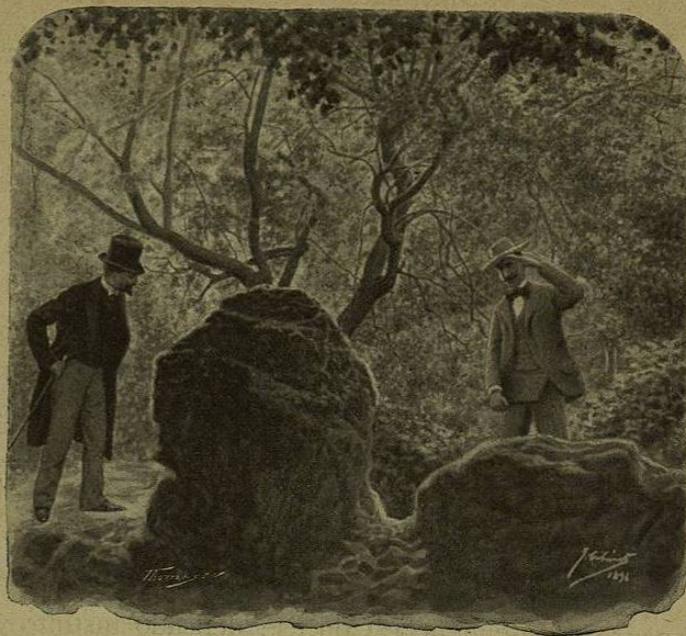
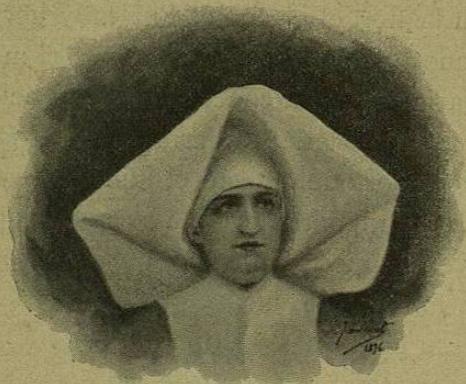


Adiós: ahora sí que es la última vez que te escribo; muy pronto te estrecharé entre mis brazos. Entretanto cuenta con la eterna gratitud, con el inmenso cariño de tu hermana en la caridad, de tu amiga

CAROLINA



... el paseante tropezó con el inmóvil admirador de la naturaleza

LAS DOS RUTAS

I

En la calle de San Lorenzo de esta corte lucía hace algunos años su gallarda arquitectura un soberbio palacio que formaba extraño contraste con la pequeña casita de pobre fachada y dos balcones, situada á su lado, tabique por medio, como visible ejemplo de que los extremos se tocan en la vida.

El suntuoso palacio estaba habitado por su propietario el Sr. de Altamira, opulento banquero, su esposa y un niño, hijo de ambos.

Ocupaba el piso principal de la humilde casita de dos balcones una familia modelo, compuesta del señor de Verger, modesto empleado de diez mil reales, su esposa y su hijo.

En la morada del empleado todo era orden, tranquilidad, bienestar. El Sr. de Verger, hombre de sólida instrucción y notable inteligencia, enseñaba á su hijo con admirable dulzura y método los arduos problemas de la ciencia, igual que los más pequeños detalles de la vida práctica; así las altas cuestiones sociales y religiosas, como los principios más vulgares y sabidos.

La madre, por su parte, formaba el alma del niño y dirigía sus sentimientos con tanto acierto como el padre su inteligencia. Con ese delicado instinto y cariñosa penetración de las madres, se apoderaba de la voluntad de su hijo y le infundía ideas religiosas, pensamientos levantados. Tan bella obra era completamente coronada por el éxito. El niño Carlos, tierra fértil, prometía convertir en opimos frutos la semilla que en él sembraban, y con sus buenas cualidades, despejada inteligencia y precoz buen juicio, recompensaba á sus padres el trabajo de su educación.

La familia que el suntuoso palacio habitaba, ofrecía muy distinto aspecto. Entregado el padre á sus negocios, la madre á sus placeres y el niño á sí mismo, reinaban en la casa el desorden más completo y la mayor indiferencia de unos hacia otros. Estaba encargado de la educación del pequeño Jorge un preceptor

de libres ideas, que así se dedicaba á su discípulo como al Gran Turco, y lo que le enseñaba era de manera que sólo lograba confundir la inteligencia del niño y matar su buen sentido.

De tal enseñanza resultó que el niño se hizo un precoz despreocupado, sólo apto para aprender que tenía muchos millones y que con ellos gozaría toda clase de placeres.

A los doce años era un pozo de defectos, frívolo y vano. Manejaba por todo libro el de las cuarenta hojas, adoraba al bello sexo, y sabía echar por las narices el humo de su cigarro.

A pesar de ser diametralmente opuestos los dos niños vecinos, la amistad más estrecha los había unido desde chiquitos.

Cuando los dos eran muy pequeños, el heredero del rico banquero charlaba por el balcón con el hijo del modesto empleado; el caprichoso niño pedía jugar con su vecinito, y unas veces era Carlos llevado al palacio, y otras Jorge á la humilde casita.

Así se encariñaron uno con otro, y ya mayores, Jorge, ligero y alegre, encontraba singular encanto en el afable trato de su grave y estudioso amigo, y Carlos, de condición reposada y sereno juicio, gozaba no poco con los bulliciosos transportes y expansivo buen humor del futuro millonario.

El tiempo transcurrió sin alterar en nada tan buena amistad, y poniendo cada vez más de manifiesto la afición de Carlos al estudio y á las artes, la aptitud de

Jorge para brillar en el gran mundo. Al cumplir ambos los diez y seis años, la temida separación fué imprescindible.

Jorge iba á emprender un viaje de estudio, según sus padres; en realidad, de placer.

Carlos se dirigía á Guadalajara, á ingresar en la Academia de ingenieros militares.

Los dos amigos, sentados en cómodas butacas en la habitación de Jorge, celebraban su última entrevista y se despedían cariñosamente.

Jorge, alto, buen mozo, de expresiva fisonomía, grandes ojos negros y el labio superior sombreado por naciente bigote, era el emblema de la audacia, la fuerza y la pasión.

Carlos, pequeño, pálido y endeble, pero con hermosos ojos de profunda mirada, lo era de la constancia y la reflexión.

—Al mismo tiempo partimos, amigo mío— decía Carlos;—pero con bien distinto derrotero. ¡Quién sabe cuándo nos volveremos á ver! ¡Quién sería capaz de adivinar nuestros destinos futuros!

—¿Quién?— repuso Jorge, —yo. A ti te espera la ciencia, á mí los placeres del mundo. Tú serás pronto un sabio, y yo... un alegre millonario.

—Sin embargo, ahora vas á emprender un largo viaje de estudio con tu preceptor.

—¡Chico, chico, no creas tales absurdos! El estudio sirve de pretexto. Mi preceptor es un divertido camarada, y vamos á recorrer Europa gastando cuanto quie-

ra y gozando hasta la hartura. En cambio tú te encerrarás en ese pueblo á estudiar con afán y hacer vida de santo.

—Así debo hacerlo: nuestra posición, Jorge, es muy distinta, y distinta debe ser nuestra conducta. Goza en buen hora, tú que tienes millones; yo, que nada tengo, debo crearme un porvenir y ganar con mi trabajo un puesto distinguido en el concierto social. No desprecio, hipócrita, tus placeres; los aplazo para cuando pueda gozarlos, terminada mi carrera y recompensados mis padres de las infinitas privaciones que por mí se van á imponer.

—Hablas como un libro. Eres un modelo, Carlos, y te admiro, por más que no pueda imitarte.

—Y ¡quién lo pretende, amigo mío! Sigamos cada cual nuestro destino; que por tan opuestos senderos, podemos ambos encontrar la dicha.

—Por lo menos, yo encontraré el placer, y tú... la beatificación allá en los siglos venideros.

—¡Jorge!

—No te enfades y dime una cosa: ¿vas á dejar por completo las artes? Sería lástima.

—No por cierto. Compartiré el estudio con la pintura. Ha llegado la hora de separarnos, Jorge; que los dos debemos estos últimos instantes á nuestros padres.

Los dos amigos se abrazaron con efusión,

«Escribe pronto,» «No me olvides,» repetían estrechándose con ternura una y otra vez, hasta que

Carlos se lanzó á la puerta sollozando y dejó á Jorge dominado por dolorosa emoción, pugnando por contener una lágrima rebelde.

II

Bajo un cielo sereno y esplendente, como suele serlo el hermoso de Madrid en los buenos días de invierno, la población en masa se esparcía por los anchurosos paseos y el campo, ansiosa de gozar de aquel radiante sol y de contemplar el límpido azul del horizonte.

El Retiro estaba lleno de gente aristocrática reclinada en los almohadones de sus lujosos coches, ó galopando en briosos corceles, y de gente más modesta que paseaba á pie pensando que este ejercicio compensa lo que le falta de cómodo con lo que tiene de higiénico.

Por una de las calles más solitarias del referido paseo se internaba un caballero como de treinta años, de poblada barba negra, arrogante figura y vestido con irreprochable elegancia. Parecía deseoso de buscar la soledad, según la prisa con que huyendo del bullicio penetraba en la espesa arboleda. Andaba cabizbajo, y su semblante tenía la fatigada expresión del rico hastiado.

Al final de la calle de árboles que nuestro desconocido seguía, un hombre, soñador ó artista, contemplaba inmóvil el paisaje con el sombrero quitado, el afeitado y pálido rostro animado por el calor de la idea

que en su cerebro se agitaba, y los ojos brillantes y movibles, procurando abarcar el hermoso cuadro que ante sí tenían.

Entregado el uno á su entusiasta contemplación y el otro á sus meditaciones, no se vieron mutuamente hasta que el paseante tropezó con el inmóvil admirador de la naturaleza.

Se oyeron dos enérgicas interjecciones; tras ellas una exclamación de alegre sorpresa, y después el elegante caballero abrazó con vehemencia al pálido soñador, diciendo:

— ¡Carlos, amigo mío! Aprieta, ¡voto á tall!, que te quiero como siempre.

— ¡Jorge, el querido amigo de mi niñez!

Se estrecharon con la mayor ternura Carlos Verger y Jorge de Altamira, diciendo el primero:

— ¡Quién te habla de conocer con estas barbas!

— Tú conservas la misma aniñada fisonomía, aunque algo más ajada de lo natural... Sin duda has sufrido mucho.

— Mucho, Jorge, mucho. Sólo un rayo de sol ha iluminado las sombras de mi vida; él me fecunda y me sostiene.

— ¿Te has casado?

— Sí, con un ángel. ¿Y tú?

— Yo... con una mujer.

— ¿Eres feliz?

— ¡No! Todo me aburre. ¿Tú serás un flamante oficial de ingenieros?

— Sólo soy un pobre artista.

— ¿Cómo ha sido eso?

— Es muy largo de contar. La fatalidad me ha perseguido con cruel ensañamiento.

— ¡Pobre amigo mío! Deseo vivamente conocer tu pasado.

— Y yo el tuyo.

— Sígueme, pues que mi coche nos espera aquí cerca.

Pronto llegaron los dos amigos al lujoso hotel que en el barrio de Salamanca poseía Jorge.

Sentados ambos en cómodas butacas, como en otro tiempo, Jorge estrechó las manos de su amigo, exclamando:

— ¡Cuánto te he buscado!

— No era fácil encontrarme. Al regresar de mi largo viaje, que duró dos años — dijo Jorge, — supe la muerte de tu padre, y me apresuré á ir adonde me dijeron vivías, ansioso de reanudar nuestra amistad interrumpida por ti, pues que dejaste de escribirme; pero me encontré con que te habías mudado é ignoraba tu nueva morada. Pregunté por ti á cuantos oficiales de ingenieros conocía. Nadie me daba razón, y hube de renunciar á encontrarte.

— ¿Quién había de conocer á un desgraciado oculto en las últimas capas sociales?

— ¿Qué te ha ocurrido para ser tan desgraciado? Cuéntamelo todo, amigo mío.

— Escucha la historia de mis pesares.

III

«Llevaba un año en la Academia de ingenieros vistiendo el honroso uniforme de tan brillante cuerpo, cuando murió mi padre, aquel hombre tan sabio como bueno á quien debo las firmes creencias que me han sostenido en las difíciles pruebas sufridas, la fortaleza de alma necesaria para sobreponerme á todo y seguir sin desfallecer el penoso calvario de mi vida.

»Yo adoraba á mi padre, era la primera herida que recibía mi corazón, y sería vana empresa querer pintarte mi dolor inmenso.

»La realidad de la vida se impuso á mi honda aflicción, aumentando mis angustias. Muerto mi padre, carecíamos de todó recurso; yo tenía la obligación de trabajar para mi madre, y la cumplí sin vacilar. Obtenida la licencia absoluta, me vi obligado á vender el uniforme que tanto me enorgullecía..., para pagar el entierro de mi padre; y yo, el soñador, que acariciaba la idea de ser un sabio y un héroe, que aspiraba á inmortalizar mi nombre, troqué la espada por el escoplo, la militar levita por la blusa del artesano.

»Todo el horrible sufrimiento que me torturaba por tan doloroso cambio fué encerrado en lo más profundo de mi ser, y mi madre me vió sereno é impasible aceptar la vida del obrero.

»En el taller de un carpintero destrozaba mis delicadas manos y ganaba durante el día el pan para mi

madre. Por las noches acudía á la Academia de Bellas Artes, ansioso de mejorar mi porvenir con mis conocimientos artísticos y de estudiar el divino arte de Rafael.

»Hubo ocasiones en que mi pequeño jornal no bastó á cubrir nuestros gastos más precisos y en que mi madre carecía de todo. Entonces duplicaba las horas de trabajo, trabajaba sin conceder una hora al descanso, derramando por dentro las lágrimas que pugaban por salir al exterior, y sufriendo con estoica resignación los insultos de mis groseros compañeros que se burlaban de mi delicada contextura.

»Ni el militar al presentar su pecho á las balas, ni el médico al exponer su vida al contagio, ni cuantos ejecutan los actos más heroicos, necesitan una parte del valor que yo tuve para dominar mis altivos arranques ante la consideración de que había de ganar el sustento de mi madre, para no darme el placer de ahogar á aquellos miserables entre mis nervios de acero.

»Pero en mi casa encontraba la compensación.

»Las nubes que obscurecían mi frente se desvanecían al estrecharme mi madre entre sus brazos, diciéndome con acento entrecortado por tiernos besos:

—»¡Qué bueno eres! ¡Dios te bendiga, hijo mío! ¿Qué sería de mí sin tu abnegación?

—»Encuentro tanto placer en ser á usted útil — respondía yo, — que no hay abnegación, sino egoísmo, puesto que el goce de la divina recompensa que usted

me proporciona con su agradecimiento supera en mucho á las ligeras penalidades del trabajo.

»Mi pobre madre lloraba consoladoras lágrimas al oír mi cariñoso razonamiento; yo las enjugaba con mis labios, y acabábamos por llorar ambos y sonreír luego, felices con tener, ella el apoyo de mi ternura, yo el consuelo de su cariño.

»Esta situación se prolongó más de tres años, hasta que mis progresos en el arte fueron visibles y un caritativo pintor de los de más fama me llevó á su taller. Fué para mí el tránsito del infierno á la gloria. Aquella era mi atmósfera. Allí podía desplegar las alas de mi fantasía, aspirar á algo y trabajar con fruto.

»Compadecido el maestro de mi mala suerte, me señaló sueldo desde un principio.

»Durante algún tiempo aprendí con tanto afán, que llegué á ser el primer discípulo de mi generoso protector, y según él aseguraba, un pintor de los mejores.

»De este modo transcurría mi juventud sin haberme permitido nunca el más ligero placer, sin conocer ni uno solo de los vicios que enloquecen á los hombres. El trabajo era todo mi afán, alcanzar la gloria el sueño de mi vida, y no me quedaba tiempo para nada más, ni quería entregarme á costumbres que detestaba.

»Una mañana, mis compañeros de estudio reían y alborotaban con las jóvenes que les servían de mode-

los, molestándome no poco, y yo pintaba con afán sin hacer caso de ellos.

»De pronto una voz, llena de dignidad y energía, dominó el tumulto, diciendo con resolución:

—»No lo haré, aunque me maten.

»Aquella voz tenía yo no sé qué de dulce y tierno, de imponente y seductor, que me hizo estremecer y arrancó el pincel de mis manos.

»Miré hacia el sitio de donde había salido la voz. En el centro de la habitación, una encantadora joven de hechicero rostro, finas maneras y altivo continente, rechazaba con enérgico ademán á la turba de calaveras que la asediaba, y parecía buscar amparo con sus hermosos ojos, á la vez húmedos é irritados, cual si la dignidad y el terror lucharan en su alma.

»En la frente de aquella joven resplandecían la pureza y la virtud; de todo su ser se desprendía un poderoso é irresistible atractivo.

—»Yo necesito que me sirvas de modelo para una Venus —decía uno. — ¡Ea, basta de escrúpulos!

—»Repito que no lo haré —exclamaba ella.

—»¿Cómo lo evitarás?

—»Marchándome.

—»Ni lo pienses, linda gacela. Tú no sales de aquí.

»Y todos la rodearon para evitar su fuga.

—»¡Atrás! —gritó la joven. — ¡Dios mío! —añadió angustiada. — ¿Dónde me he metido? ¿No habrá un buen corazón que me libre de estos... insensatos?

»Sus aterrados ojos se fijaron en mí. Yo sentí algo

que encendía mi sangre y me impulsaba hacia ella. Corrí á su lado. Derribé de un puñetazo al atrevido que ponía ya su mano en aquel esbelto talle, aparté bruscamente á los demás, puse en mi brazo la blanca mano de la perseguida joven y la saqué de allí sin pronunciar una palabra, dejando atónitos á mis compañeros.

»Una vez en la calle, me dijo con lágrimas en los ojos:

—»¡Gracias, mil gracias, caballero! Debo á usted uno de esos favores que no se olvidan nunca.

—»No he hecho más que cumplir con un sagrado deber, señorita —repuse. — Mas ¿cómo se encontraba usted ahí? ¿Sabe usted qué clase de mujeres son las que frecuentan los talleres?

—»Lo ignoraba. Ahora lo he comprendido.

—»Ya lo imaginaba.

—»Hace días que estoy sin trabajo; mi padre, anciano y enfermo, tenía hambre..., salí á pedir una limosna y un caballero de venerable aspecto me dijo: «Hija mía, si quiere usted ganar un jornal, pásese mañana por mi casa,» y me dió las señas. «Dígame usted antes qué trabajo se me pide,» contesté. «Poca cosa; sólo que se preste usted á que reproduzcan con el pincel su bello rostro.» Aquel señor inspiraba confianza; la petición me pareció sencilla, tenía necesidad, y accedí. Pero en el taller me encontré con una turba de... jóvenes que me asediaron con sus groseros piropos y que pretendían que me aligerara